

CRUZ Y GLORIA DEL MARTIRIO (Martirio y Vida Religiosa)

Todos tenemos en nuestros oídos frases sobre la relación de la vida religiosa con el martirio. Estas frases son más o menos verdaderas pero con afares muy sapienciales, unas con matices históricos, otras más ascéticas, otras más realistas e incluso amargas: “Cuando cesaron las persecuciones y con ellas el martirio, apareció la vida religiosa”, “la vida religiosa es martirio diario”, “el martirio de la vida común”, “quién sabe si ciertos mártires hubieran aguantado el día a día”. Más conceptualmente se ha reflexionado “la dimensión martirial de la vida religiosa”. No voy a ir por ese camino, aunque de alguna manera lo recojo. Por esa senda me perdería y no llegaría a sentirme gustosa en casuísticas. Mi camino quiere ser el de una espiritualidad más bíblica y por tanto acogiendo también lo humano y experiencial.

Para mí la relación está en este hecho: **La entrega hasta el límite es la forma mas expresiva del amor.** La vida de **Jesús de Nazaret** nos dice que donde más se revela a sí mismo es en su amor y éste se da en su máxima donación no en grandezas.

Ese parece ser, además, uno de los filones de la teología joannea. “*Cuando hayáis levantado en alto al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy*”, “*Cuando yo sea levantando de la tierra atraeré a todos hacia mi*” (Jn 8,28 y 12,32.). Ser levantado en alto “*como Moisés levantó la serpiente en el desierto*” (Jn 3,14) en el evangelio de Juan tiene doble connotación: la de la Cruz “*mirarán al que atravesaron*” (Jn 19,37) y la de la Exaltación. El Evangelio parece decirnos que la máxima gloria está en la máxima entrega de amor hasta la cruz.

Naturalmente en nuestro corto modo de ver Cruz y Gloria se contraponen. ¿Cómo puede darse la Revelación de la Gloria de Dios en un Traspasado?. Sin embargo es pregunta (e incluso angustia) fundamental del ser humano: ¿Puede haber algún sentido para la entrega hasta el dolor? ¿y si además ese dolor es injusto...?

La primera carta de S. Juan, al decirnos que “*Dios es Amor*” (1 Jn 4,8), parece indicarnos una clave de comprensión o mejor dicho de “**adoración**” **del misterio** que se nos abre. El Amor se revela máximamente en la Exaltación que es al mismo tiempo Gloria y Cruz. **La Gloria del Amor es la entrega hasta el extremo.** Ahí se hace creíble más que nunca el Amor: “*Dar la vida por los amigos*” (Jn. 15,13). El Amor da sentido a la Cruz y la Cruz manifiesta la verdad del Amor.

Mirando a los mártires quedamos sobrecogidos. En el martirio se muestra hasta dónde puede llegar el amor de Dios en el ser humano, hasta dónde su Gracia puede plenificar a una persona: Hasta dar la vida por la **Fe** en su Señor, con un **Amor** que -en ese momento- se hace verdaderamente total y en una **Esperanza** que atraviesa los deseos humanos y los orienta hasta horizontes insospechados e incluso incomprensibles para una mirada de evidencias materiales. Esto interpela la vida de todo creyente. Viene a decir que ser cristiano es exponerse a ser testigo hasta las últimas consecuencias. De hecho nuestra

hermana Patrocinio va a ser beatificada junto con una multitud de testigos laicos, religiosos y sacerdotes. Es un hermoso signo eclesial.

La relación del martirio con la Vida Religiosa, si ésta se entiende **en su raíz de entrega total a Dios**, es espontánea. La Vida Religiosa es un **Don de Dios** y tendrá siempre que definirse (y vivirse, si no queda anulado su mordiente) por la entrega total, la donación de sí al Señor como horizonte único de sentido. Sólo ahí tienen cabida las demás entregas con sus gozos y sus dolores. Los consejos evangélicos -que en la vida religiosa se profesan con voto- no pueden ser sólo un **camino** para la unión con el Señor sino ya un cierto **resultado** de esa unión. No pueden ser sólo medio para alcanzar la *“Perla encontrada con gozo”* (Cf. Mt. 13,46) sino consecuencia gratuita de ese encuentro, al menos incipiente y en proceso de crecimiento.

¿Cabe más entrega que dar la vida por Aquél a quien se ama?. La respuesta humana es que no. Ahí el amor se hace en cierto modo “tangibile”. Y si miramos la Palabra de Dios nos damos cuenta de que toma como suya esa experiencia humana desde el Antiguo Testamento y la “colma” -transida de un para qué- en el Nuevo Testamento; donde se cumple la Alianza del amor y fidelidad de Dios con el hombre en la Muerte y Resurrección de Jesús de Nazaret.

Por eso la Vida Religiosa tiene relación con el martirio. **Sólo una contemplación de la Cruz y la Gloria de Jesucristo** puede plenificar el corazón humano y situar el afecto y los deseos en el lugar teologal verdadero para vivir con el ser unificado, sin componendas o concesiones a los deseos inmediatos, pero también sin “acartonamientos” afectivos ni inflexibilidades.

La frase que los evangelios ponen en boca de Jesús *“Donde está tu tesoro allí está tu corazón”* (Mt 6, 19-21) tiene una lectura inversa evidente: Sólo si se pone el **corazón** en lo que se busca se puede buscar verdaderamente. Y los mártires nos dicen que este encuentro lleva a no negar al Señor ni en lo público ni en lo privado, y puede llevar hasta el extremo de dar la vida por El, como *“Tesoro encontrado”* (Mt 13, 44).

Esta entrega radical tiene que ver con la **pobreza**, puesto que va desprendiendo el corazón y acogiendo sencillamente las propias vulnerabilidades en un Amor totalizante que, al mismo tiempo acerca en amor preferente a los más pequeños. Tiene que ver con la **obediencia**, puesto que va haciendo progresivamente filial al ser humano sostenido por una Manos paterno-maternas que acogen, sostienen y mantienen. Tiene que ver con la **castidad**, porque va unificando el corazón en un gran Don esponsal-fraterno-materno-amigo-amante... que no endurece sino que humaniza en afectos concretos libres y responsables.

Se pueden encontrar posiblemente muchas más correlaciones entre ese acto de amor supremo con la pobreza, la obediencia y la castidad. Cada uno podemos buscarlos en oración. Queda aquí insinuado como una **pregunta para la reflexión contemplativa** en el clima de la quietud que otorga el Hijo de Dios exaltado que ha promovido seguidores hasta ese grado supremo de Cruz y de Gloria.

Nuestra hermana Patrocinio tendría sus puntos vulnerables, sus pobreza, sus límites y parece, por lo que se cuenta de ella, que los asumía con una serenidad y ternura que no restaban nada, más bien manifestaban, su consistencia en la Fe. Tenía, no cabe duda, un gran amor a la Voluntad del Padre acogida en lo gustoso y en lo desagradable, a lo que sabía encontrar su sentido. Tenía –por lo que dicen sus alumnas- un corazón sensible y firme a la vez para hacerles patente su cariño motivando al tiempo su crecimiento de niñas y adolescentes. Su vida religiosa llevaba ya un camino testimoniante, martirial.

Quizá es importante preguntarnos aún otra cuestión sobre la Vida religiosa. ¿Tendrá que ver también el martirio con la **comunión de vida** -otro de los consejos evangélicos constitutivos de la consagración religiosa- ?. Parece entreverse aquí una veta muy evangélica y muy sugerente: La actitud del mártir ante la muerte y los agresores crea verdaderas **relaciones nuevas** al modo de Jesús.. La agresión no los convierte a ellos en agresores. Su Don va más allá del “pagar con la misma moneda”, incluso ante la muerte. Salen del círculo violento, mirando de otro modo a sus atacantes. Es el modo del Siervo de Jahwé que ha engendrado “*seguidores*” y no sólo seres “*curados por sus heridas*” (Is.53, 5.10). En nuestra hermana Patrocinio escuchamos las frases “yo os perdono”, “no sabéis lo que hacéis”, que son las mismas de Jesús en la cruz (cf. Lc 23,34). El Espíritu llegó a centrarla en el meollo del Evangelio.

Es difícil una sanación total de los dolorosos hechos de la Guerra civil española. Aunque se han hecho varias lecturas desde distintos ángulos en búsqueda de la verdad, la sanación no es fácil porque son hondas las heridas. Pero una cosa sí es clara: Algunos no odiaron al morir o al ser matados. Ellos ansiaban y creaban ya una relación nueva. **Su memoria ha de sanar nuestra memoria** impulsándonos a hacer una lectura más humanizadora y reconciliadora.

Algunos dieron su vida por la Fe que profesaban. De ese modo confesaron a Jesucristo como su Señor único más allá de otros señores e incluso más allá de ideologías. Muchos murieron perdonando -muy sabedores de que ciertamente sus agresores no sabían lo que hacían-. Dejémosnos llevar por ese **impulso sanador** para hacer una **lectura de fe** de nuestra historia personal, de todo lo que en ella pueda estar herido. Asumamos también desde esa lectura de fe la historia de la Congregación, la historia de la Iglesia y la historia de los pueblos en los que vivimos y a los que amamos en las “entrañas de nuestro Señor Jesucristo” (cf. Fil. 1,8).

Del martirio de Jesús en la Cruz y de su Resurrección nos queda su Memorial, su Eucaristía. Así –en Pan y Vino convertidos en Cuerpo y Sangre de Jesús- celebraremos la Beatificación de los 234 mártires de la Diócesis de Valencia, entre los que está nuestra hermana Patrocinio y su alumna Olvido Noguera, joven laica. Es un hecho gozoso, digno de ser festejado por todas allí donde estemos, aunque sólo algunas podrán participar directamente. En el sentido más verdadero del término: es una Gloria para nuestra querida Congregación. El Señor nos haga vivirlo como El desea de nosotras.

“Sangre nuestra y de Dios, vino
completo,
embráganos en Ti, para ese

reto
de ser iguales en la alteridad.

Uva pisada en nuestra dura
historia,
Vino final bebido a plena gloria
en la bodega de la Trinidad.”
(Pedro Casaldáliga)